



Hermanos en Cristo EE.UU.

MANUAL DE
**DOCTRINA Y
GOBIERNO**

EDICIÓN 2020



Hermanos en Cristo EE.UU.

MANUAL DE
DOCTRINA
Y GOBIERNO

EDICIÓN 2020

Hermanos en Cristo EE.UU.

431 Grantham Road • Mechanicsburg, PA 17055
(717) 697-2634 • bic@bicus.org

PRIMERA PARTE: DOCTRINA

ARTÍCULOS DE FE Y DOCTRINA

Introducción

Los Hermanos en Cristo remontamos nuestros inicios a un grupo conocido como los Hermanos del Río, que se originó alrededor del año 1778 en el Condado de Lancaster, Pennsylvania. Nuestros antepasados se mantuvieron firmes en la corriente del cristianismo histórico mediado a través de la Reforma Protestante, en especial la Reforma Radical. Ellos dieron testimonio de las creencias que los habían hecho unirse en este grupo formulando una Confesión de Fe. La primera declaración de confesión, redactada alrededor de 1780, y otras que la siguieron, reflejan las influencias pietistas y anabaptistas que han moldeado nuestros pensamientos doctrinales. Unos 100 años más tarde, los Hermanos en Cristo adoptaron aspectos del pensamiento wesleyano que fueron incorporados a las declaraciones doctrinales posteriores.

A lo largo de los años, hemos reafirmado y redefinido nuestras creencias esenciales. En el siglo 20, fueron adoptadas nuevas declaraciones doctrinales en la Conferencia General de 1937 y posteriormente en la de 1961. En 1986 decidimos darles expresión escrita a nuestras creencias y nuestro estilo de vida del momento. Esto fue hecho con sensibilidad en cuanto a nuestra herencia doctrinal y con respeto a ella. Nosotros consideramos que cada una de las declaraciones doctrinales previas de la Iglesia tiene su propia integridad.

En la preparación de la declaración doctrinal, sostenemos una comprensión de la interpretación de las Escrituras que reconoce (1) la inspiración y la iluminación del Espíritu Santo; (2) la posición central de Cristo en la revelación divina; (3) el Nuevo Testamento como el que interpreta al Antiguo Testamento; (4) el enfoque de las Escrituras en la piedad y la obediencia, y (5) el valor esencial del consenso comunitario en el proceso de interpretación. Es necesario leer la declaración doctrinal como un todo, puesto que cada una de sus secciones se halla estrechamente relacionada con las demás. Además, esto constituye una somera declaración sobre nuestras creencias; el *Manual de Doctrina y Gobierno de los Hermanos en Cristo EE.UU.*, explica con mayor amplitud junto con otras publicaciones de la Iglesia nuestra comprensión de la fe bíblica y la vida cristiana.

A continuación de la declaración doctrinal se encuentra una lista de citas bíblicas seleccionadas sobre los distintos temas. Puesto que esta declaración surge de la totalidad del mensaje bíblico, estas citas solo tienen el fin de ilustrar las verdades bíblicas que se identifican en cada una de las secciones. Es importante entender estos pasajes de las Escrituras y otros relacionados con ellos para llegar a tener una comprensión más clara acerca de Dios y de su voluntad con respecto a la humanidad.

Aquí se encuentra en resumen, por tanto, lo que nosotros, los Hermanos en Cristo, creemos acerca de la revelación y de las Escrituras, de Dios y la creación, de la humanidad y el pecado, de Jesucristo y la salvación, del Espíritu Santo y la Iglesia, y de la esperanza eterna y el juicio.

Artículo I: La revelación y las Escrituras

Creemos que forma parte de la naturaleza de Dios el darse a conocer. Dios se revela a sí mismo a la humanidad de diversas maneras, y las más claras de todas son las que aparecen en el Antiguo Testamento y el Nuevo de la Biblia. Aceptamos estos escritos de inspiración divina como la Palabra de Dios que posee su autoridad.

La revelación en la naturaleza, la historia y el Hijo

El mundo de la naturaleza y el cuidado con el que Dios lo sostiene hablan de su existencia y de su poder. Además de esto, Dios ha puesto en el corazón humano un sentido de lo que es correcto y lo que es incorrecto. Esta revelación a través de la naturaleza y de la conciencia es parcial e incompleta.

Por esa razón, Dios ha actuado en la historia para revelarse a la humanidad. Por medio de Abraham, Dios comenzó a formar una comunidad de pacto que lo revelaría a Él y revelaría su voluntad a toda la humanidad. Por medio de sus palabras, sus actos y su relación con el pueblo de Israel, Dios ha dado a conocer su persona y sus propósitos con el fin de proporcionarles la salvación a todos aquellos que respondan en fe y obediencia.

En todo esto, Dios estaba preparando los tiempos en los cuales se revelaría a sí mismo de manera preeminente por medio de su Hijo Jesucristo, «el Verbo hecho carne».

Las Escrituras, la crónica de la revelación

Las Escrituras cristianas completan la revelación de Dios. Vuelven a contar e interpretan las acciones de Dios en la creación, en los sucesos humanos, en los actos divinos de salvación a favor de Israel, en la vida, muerte y resurrección de Jesucristo y en la vida de la Iglesia del Nuevo Testamento.

Las Escrituras son el mensaje de Dios, escrito por seres humanos en su propio idioma y ambiente, según los inspiraba el Espíritu Santo. Este mismo Espíritu fue quien guió los procesos de selección y transcripción por medio de los cuales las Escrituras nos han sido transmitidas a nosotros. Por tanto, la Biblia es la Palabra de Dios, digna de confianza y llena de autoridad.

Creemos que la Biblia, formada por el Antiguo Testamento (39 libros) y el Nuevo Testamento (27 libros), es la Palabra escrita de Dios. El Antiguo Testamento es el registro de los actos salvíficos de Dios a favor de Israel, y de su propósito redentor a favor de todos los pueblos. Contiene numerosas profecías, muchas de las cuales se cumplen en el Nuevo Testamento.

mento. El Nuevo Testamento revela claramente a Dios en la persona y la obra de Jesucristo, a quien Dios envió para que fuera el Salvador del mundo y estableciera su Iglesia.

El Antiguo Testamento prepara el camino para el Nuevo, mientras que el Nuevo Testamento cumple y aclara el Antiguo. Ambos se complementan mutuamente para presentar un mensaje unificado.

Las Escrituras y la Iglesia

Creemos que la Biblia es el mensaje de salvación de Dios para todos los seres humanos. En nuestra condición de creyentes, aceptamos la Biblia como la autoridad máxima en cuanto a la fe y su práctica.

El Espíritu Santo sigue obrando hoy en la Iglesia al enseñarnos de qué manera comprender, interpretar y aplicar las Escrituras por medio de la fe y de un diligente estudio. Cuando los creyentes abren las Escrituras, el Espíritu Santo los ayuda a discernir en la Palabra la verdad y la voluntad de Dios. Cuando la Iglesia se reúne alrededor de la Palabra, el Espíritu Santo conduce al pueblo de Dios a la plenitud de la verdad.

Las Escrituras mismas son la norma primordial para comprender e interpretar la Biblia. La persona, las enseñanzas y la obra de Jesucristo son las que mejor aclaran la revelación escrita de Dios.

Los cristianos hemos sido llamados a leer y obedecer la Biblia. Por tanto, la Iglesia necesita proporcionarles a los fieles una predicación y una enseñanza basadas en las Escrituras. Tanto individualmente como en familia se debe practicar la lectura y el estudio de la Biblia. Cuando leemos el consejo de la Palabra de Dios y respondemos en obediencia a él, nuestras declaraciones de fe tienen integridad.

Artículo II: Dios y la creación

La Biblia comienza con estas palabras: «En el principio creó Dios...» Esta dramática declaración proclama que Dios es la fuente eterna y el fundamento de todo lo que existe. La Biblia continúa después a la revelación de la persona, la naturaleza y el carácter de Dios uno y trino que es para siempre: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

La naturaleza de Dios

Creemos en un solo Dios verdadero, soberano y vivo, creador y preservador de todas las cosas. Dios lo conoce todo, lo puede todo, y trasciende el tiempo y el espacio. Dios es un ser personal que nos revela su justicia, su verdad y su gracia a todos los seres humanos. Él llama a todos a responderle en reverencia y obediencia. Dios es perfecto, justo y bueno. Dios es santo, y nos llama a la justicia. Dios es amor y supera la distancia existente entre Él mismo y nosotros, acercándose a nosotros en redención para atraernos a sí mismo.

La forma en que Dios se ha ido revelando a sí mismo ha sido progresiva. Aunque Dios trasciende la percepción y el lenguaje humanos, se ha revelado a sí mismo en las Escrituras, ha entrado en la historia humana en la persona de Jesucristo, y viene a vivir en nosotros por su Espíritu Santo. Cuando Él abre nuestro entendimiento por medio de las Escrituras y del Espíritu Santo, nosotros adquirimos el conocimiento de Él. Así es como, en nuestra calidad de creyentes, nos inclinamos ante Él en adoración.

La creación y la providencia

Dios creó todas las cosas, tanto las visibles como las invisibles, y esto incluye a todos los seres espirituales. Toda la creación es finita y depende del Creador, quien era antes que todas las cosas y continuará siendo para siempre.

La creación, obra de Dios, fue buena, tanto física como moralmente. Dios bendijo la creación con su amorosa bondad. Aunque Dios sostiene y gobierna la creación con el poder de su voluntad, Él le ha entregado a la humanidad el papel de cuidadora de la tierra. Por tanto, somos los responsables de su cultivo y conservación, y del uso que hacemos de sus recursos.

La creación quedó arruinada como consecuencia de la desobediencia humana. No obstante, siguen existiendo las evidencias del orden original de la creación, y la tierra espera ahora su restauración dentro del plan redentor de Dios.

Las relaciones en la creación

Dios estableció orden y relaciones dentro de su creación, uniéndola en todas sus partes. Aunque creó y sostiene todas las cosas, con todo, sigue siendo distinto a las cosas creadas. Dios no depende de la creación en cuanto a su esencia o existencia.

En el universo existe un orden moral. La conciencia humana siente que existe este orden, que se revela con mayor plenitud en las Escrituras. Los principios morales establecidos en las Escrituras les proporcionan una dirección a nuestra conducta y a nuestras relaciones.

El Creador estableció un ciclo de trabajo y descanso en la creación, de manera que uno de cada siete días fue designado por Él para dedicarlo a la adoración y la renovación. Al observar el domingo como el Día del Señor, estamos cumpliendo con este ciclo divinamente ordenado, damos testimonio de nuestra confianza en la provisión de Dios y nos proclamamos testigos de la resurrección del Señor.

Todo ser humano, creado a imagen de Dios, tiene un valor infinito y se le debe cuidar y proteger. Nos debemos relacionar con los demás en un ambiente de amor y justicia, oponiéndonos a todo aquello que destruya, oprima, humille o manipule, al mismo tiempo que favorecemos aquello que restaura, edifica y da seguridad. El plan de Dios para la familia humana nos llama a unas relaciones saludables y cada vez más profundas entre todas las personas; en cambio prohíbe las formas de conducta abusivas y destructoras.

Dios le dio a la sexualidad humana un buen lugar dentro de la creación. Pertenecer al sexo masculino o femenino es parte integral de lo que somos y, de una manera complementaria, manifiesta la expresión plena de nuestra humanidad. Dios nos ha dado para la expresión de nuestra sexualidad unas normas que son necesarias para que las relaciones entre las personas sean las adecuadas. La sexualidad humana se manifiesta dentro de una vida casta de soltería, o un matrimonio de toda la vida entre un hombre y una mujer.

Artículo III: La humanidad y el pecado

Dios creó al hombre y a la mujer a su propia imagen. Los humanos somos distintos a todas las demás formas de la creación, puesto que tenemos características tanto espirituales como físicas. Físicamente, cada persona tiene un cuerpo hecho a partir de los elementos de la tierra; un cuerpo que crece, madura y finalmente, regresa a la tierra con la muerte. Los seres humanos reflejamos también ciertos aspectos morales y espirituales de la naturaleza de Dios, como inteligencia, creatividad, discernimiento moral, consciencia espiritual y libre albedrío. Como seres espirituales, los humanos somos creados para estar en comunión con Dios. No nos es posible hallar la paz si no tenemos una relación correcta con Él.

El libre albedrío

La imagen de Dios que hay en cada persona incluye la capacidad para tomar decisiones morales. Podemos escoger entre el bien y el mal; entre obedecer a Dios y desobedecerlo. El libre albedrío hace que seamos responsables de nuestras decisiones y también de sus consecuencias.

A partir de las Escrituras entendemos que, aunque Dios le otorga a la humanidad esta libertad para escoger, Él también distingue entre el final y el principio y, en su sabiduría y su gracia, está llevando a cabo sus propósitos eternos dentro de la historia humana.

La fuente del pecado

El hombre y la mujer fueron creados sin pecado e inocentes, y vivían en armonía con Dios y con la creación. Sin embargo, la maldad entró a la familia humana cuando Adán y Eva cedieron ante la tentación que les propuso Satanás. Al tomar la decisión de desobedecer a Dios, su naturaleza se volvió pecaminosa. Esta naturaleza pecaminosa nos ha sido transmitida a todos sus descendientes. De esta manera fue como el pecado, la depravación moral y la muerte se convirtieron en parte inherente de la experiencia humana.

Satanás, llamado también «el diablo», es la personificación de la maldad y la fuente original del pecado. Su malvado dominio se rebela constantemente contra la autoridad de Dios. Nosotros vivimos en el escenario del conflicto resultante, y tenemos que escoger entre el dominio de Satanás y el reinado de Dios.

Los efectos del pecado

Corrompidos por una naturaleza pecaminosa, los seres humanos son impíos, centrados en sí mismos, amigos de hacer su propia voluntad, y rebeldes con respecto a Dios. En carácter y conducta, toda la humanidad comparece ante Dios como culpable. Por nosotros mismos, no podemos alcanzar ningún grado de justicia que sea aceptable para Él. La inclinación de la humanidad hacia la maldad es universal, y la culpabilidad o la vergüenza que la acompaña es común a todos los seres humanos.

Por medio de la familia humana en estado caído, el pecado inunda el orden social, alejando a las personas de Dios, unas de otras, de sí mismas y del resto de la creación. La pecaminosidad es evidente en la destrucción de las relaciones humanas y de las estructuras familiares, en la existencia de unos sistemas sociales y económicos que violan el orden establecido por Dios e ignoran la dignidad humana, en sistemas filosóficos que niegan a Dios al mismo tiempo que divinizan al ser humano, y en sistemas religiosos que distorsionan la verdad y crean ilusiones que presentan como realidades.

En un sistema mundial en el cual se han infiltrado las influencias satánicas, el pecado se propaga por medio de la perversidad humana y de los poderes de la maldad. Al nivel personal, el pecado surge de nuestra inclinación interna a la desobediencia y la rebelión.

La responsabilidad personal

La creación nos muestra la gloria y la naturaleza de Dios a todos los seres humanos; por tanto, todos tenemos la responsabilidad de honrarlo y glorificarlo. Aunque el pecado ha inundado el orden social, la responsabilidad en cuanto al pecado sigue siendo personal. Cada uno de nosotros le deberá rendir cuentas a Dios a partir de su capacidad personal para conocer el bien y el mal, y escoger entre ellos. Nosotros creemos que las personas que por problemas de desarrollo no son capaces de discernir entre lo correcto y lo incorrecto, son aceptadas por Dios gracias a su misericordia, y cubiertas por la expiación de Cristo.

Con la caída de la raza humana en pecado, la imagen de Dios en la humanidad quedó seriamente dañada, aunque no fue destruida por completo. A pesar de tener una tendencia al mal, hay aspectos de semejanza a Dios que siguen existiendo en la humanidad, y que podemos captar en características como la creatividad, la generosidad y la compasión. No obstante, la única manera en que una persona puede responder positivamente ante el don divino de la salvación, es la gracia de Dios.

Artículo IV: *Jesucristo y la salvación*

El plan divino de salvación para la humanidad pecadora es central en los propósitos eternos de Dios, y se revela de manera total en la persona y la obra de Jesucristo, escogido por Dios

antes de la creación para ser el Salvador. Nosotros afirmamos que Jesucristo es realmente divino y realmente humano.

La vida y el ministerio de Jesucristo

Jesucristo, Dios Hijo, es una persona distinta dentro de la Trinidad, en perfecta igualdad y unidad con Dios Padre y Dios Espíritu Santo. Es eternamente existente y plenamente Dios. Él fue quien creó todas las cosas; es la fuente de la vida y el que la sostiene.

En la plenitud de los tiempos, Dios Hijo tomó semejanza humana, concebido por el Espíritu Santo, nacido de la virgen María. Era Dios encarnado, Dios en la carne, y vivió en la tierra como un hombre, plenamente humano, aunque sin pecado. Creció física y mentalmente, y sintió hambre, sed, fatiga, rechazo y toda la gama de las emociones humanas. Fue tentado en todos los sentidos posibles, pero permaneció sin pecado. Fue perfectamente obediente al Padre y le estuvo sometido. Tomó sobre sí el papel de siervo, y les respondió con compasión a los que estaban necesitados. Jesús fue modelo de una humanidad perfecta y llamó a los seres humanos a seguirle.

La naturaleza divina de Jesús de Nazaret se manifestó claramente durante su vida en la tierra. En su infancia, fue anunciado como Emanuel, el Dios con nosotros. En su bautismo, fue reconocido como el Hijo de Dios. Su ministerio fue marcado por la presencia y el poder del Espíritu Santo. Enseñaba con autoridad divina y envió a sus discípulos a proclamar su evangelio. Dijo que todo el que lo hubiera visto a Él, habría visto al Padre. Era el Hijo de Dios, lleno de gracia y de verdad.

Jesús vino a la tierra como el Mesías prometido que se revela en las Escrituras. Inauguró el Reino de Dios y demostró la presencia de este reino sanando a los enfermos y echando fuera demonios. Sus milagros fueron señales del Reino de Dios. En sus enseñanzas, Jesús enfrentó el dominio de Dios con los reinos de ese mundo. A los que le siguieran, los llamó a la Iglesia, la comunidad del nuevo pacto, basada en los valores del Reino de Dios. Vino para destruir las obras del diablo y para redimir del pecado a la familia humana.

La muerte y la resurrección de Jesucristo

Cristo realizó su obra redentora en su muerte y resurrección. El propósito de Dios en Cristo era redimirnos de la culpa y el poder del pecado y liberarnos del dominio de Satanás, de manera que todos aquellos que creyeran, fueran restaurados al favor divino y a la comunión con Dios.

Por medio de sus sufrimientos y su muerte como sacrificio ofrecido por nosotros, Jesucristo nos proveyó de una expiación total con respecto al pecado. Su muerte y resurrección abrieron el único camino para la reconciliación entre un Dios justo y santo, y una humanidad pecadora. Su sangre, que era su vida, entregada gratuitamente en la cruz nos proporcionó el perdón y ratificó el Nuevo Pacto.

La resurrección corporal de Jesús es testimonio decisivo de su divinidad y de su victoria sobre Satanás, el pecado y la muerte. El Cristo resucitado ascendió al cielo y está sentado a la derecha de Dios Padre, intercediendo por nosotros.

Jesucristo es ahora nuestro Señor resucitado, exaltado y reinante. A Él le ha sido dada toda autoridad en el cielo y en la tierra. Él es la Cabeza de la Iglesia, y el Señor de la historia humana. Al final de los tiempos, todas las cosas, tanto en el cielo como en la tierra, serán sometidas a su dominio. Toda persona se inclinará ante Él, y Él reinará por siempre. Con gozo confesamos que Jesús es Señor y reconocemos su autoridad sobre nuestra vida. Lo honramos con nuestra adoración y nuestra obediencia.

La llegada a la fe

La salvación que nos fue gentilmente proporcionada por la muerte y resurrección de Jesucristo se hace efectiva en nuestra vida por medio del ministerio del Espíritu Santo. El Espíritu es quien nos prepara para la fe en Jesucristo. Es Él quien nos hace conscientes de nuestra necesidad, nos capacita para que reconozcamos nuestra culpa, y nos llama a responderle a Dios en fe y obediencia.

Responder con nuestra fe es una confianza personal en la gracia de Dios, unida a un alejamiento del pecado para acercarnos a la justicia. El arrepentimiento comprende un reconocimiento del pecado. Este es expresado con un genuino dolor de corazón, un abandono del pecado y un cambio de actitud hacia Dios, lo cual nos prepara para que el Espíritu Santo nos siga ministrando. El arrepentimiento comprende el estar dispuestos a reconciliarnos y a hacer restitución.

La nueva vida en Cristo

Todos aquellos que aceptan la fe en Cristo nacen de nuevo, reciben al Espíritu Santo y se convierten en hijos de Dios. Se les perdona toda culpa debida por sus pecados, se les concede la justicia de Cristo y son reconciliados con Dios. Las personas así justificadas por gracia por medio de la fe disfrutan de paz con Dios, son adoptadas en la familia de Dios, se convierten en parte de la Iglesia y reciben la seguridad de una vida eterna. Nos convertimos en nuevas criaturas en Cristo, regenerados por el Espíritu Santo. Este cambio en el corazón se hace evidente en el desarrollo de un carácter semejante al de Cristo y por un caminar en obediencia a Dios. La conversión se expresa en una vida transformada, con una dirección, unos propósitos, unos intereses y unos valores nuevos.

La nueva vida en Cristo se desarrolla por medio de disciplinas espirituales cristianas como la oración, el estudio de las Escrituras, el ayuno, la negación de sí mismo, la mayordomía y la confraternidad. Aunque estas cosas fortalecen al cristiano, no lo hacen inmune ante las tentaciones. La persistencia en la desobediencia perjudica la comunión con Dios y puede destruir la nueva vida en Cristo que ha recibido la persona. Cuando hay pecado en la vida

del cristiano, es necesario que lo confiese y abandone, en la seguridad de que Dios está dispuesto a perdonarlo y purificarlo con su poder de toda maldad.

La vida en el Espíritu

Creemos que la gracia de Dios nos proporciona más que el perdón de nuestros pecados únicamente. Cuando el Espíritu obra en la vida del creyente, lo guía en el camino de la santificación a un sometimiento pleno y una dedicación total de sus motivaciones y su voluntad a Cristo. Esto tiene por consecuencia la libertad con respecto al control del pecado y la recepción del poder necesario para llevar una vida santa. El Espíritu Santo llena a las personas que se entregan a Dios y las prepara para la eficacia en su testimonio y en su servicio.

La santificación es también un continuo peregrinar en el sometimiento a Dios y en el crecimiento en la gracia. La calidad de la vida así sometida corresponde con la capacidad de respuesta del creyente al Espíritu Santo y su obediencia a la Palabra de Dios. La vida llena del Espíritu tiene por consecuencia la sensibilidad ante el Espíritu Santo, la fortaleza interna en los momentos de tentación, una vida piadosa y un servicio de todo corazón al Señor. El Espíritu Santo produce en nosotros un carácter virtuoso: amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza. Estas son las virtudes que caracterizan el caminar del creyente en el Espíritu.

La esperanza de la vida eterna

La salvación que nos ha proporcionado el Señor Jesucristo tendrá su consumación para el creyente en el gozo del cielo y la plena realización del Reino de Dios. En nuestro cuerpo glorificado, seremos libres de todos los efectos del pecado. Restaurados a la semejanza de Cristo, adoraremos a Dios y reinaremos con Cristo a lo largo de toda la eternidad.

Artículo V: El Espíritu Santo y la Iglesia

El Espíritu Santo es la persona divina que coexiste eternamente con el Padre y con el Hijo. El Espíritu estaba presente y activo en la creación, lo vemos presente a lo largo de todo el Antiguo Testamento, y se nos revela de una manera más explícita en el Nuevo Testamento. En la vida terrenal de Jesús fue donde se reflejó con mayor claridad la vida en el Espíritu. En el día de Pentecostés, el Espíritu Santo descendió desde Dios a fin de continuar la obra del Cristo ascendido, tal como el mismo Cristo les había prometido a sus seguidores.

La obra del Espíritu Santo

El Espíritu Santo obra en el mundo, dándoles convicción de pecado a las personas y llevándolas al arrepentimiento y a la fe, guiándolas hasta la plenitud de vida en Cristo.

El Espíritu Santo es el Consejero que está siempre presente con los que formamos el pueblo de Dios y nos recuerda todo lo que Jesús dijo e hizo. El Espíritu Santo es el Espíritu

de Verdad que guía al creyente, y sirve como garantía de la herencia eterna que nos fue prometida en Cristo.

El Espíritu Santo intercede por los creyentes de acuerdo con la voluntad de Dios. Ayuda a los hijos de Dios en sus necesidades, los purifica y los aparta para una vida santa, además de darles poder para servir.

El Espíritu Santo también está presente en la vida colectiva de la Iglesia, inspirando unidad, adoración y servicio. Su presencia se hace manifiesta cuando la Iglesia se halla abierta y dispuesta a responder a su liderazgo.

El Espíritu Santo les da dones espirituales a todos los creyentes, de acuerdo con su voluntad soberana y con sus propósitos. Las Escrituras identifican una diversidad de dones, otorgados para la edificación de la Iglesia y para el ministerio en el mundo. El Espíritu Santo guía a la Iglesia en el aspecto de apartar personas para ocupar posiciones de liderazgo. La Iglesia tiene la responsabilidad de discernir y animar el uso de los dones del Espíritu en su vida y en su ministerio.

La naturaleza de la Iglesia

Por medio del Espíritu Santo, Jesucristo estableció la Iglesia para que fuera la nueva comunidad de Dios, que tiene sus raíces en el pueblo de Dios del Antiguo Testamento, y da testimonio de la presencia del Reino de Dios en la tierra. Jesucristo es la Cabeza de la Iglesia, la comunidad redimida. Su Palabra y su voluntad tienen toda autoridad en medio de nosotros.

La Iglesia está formada por todos aquellos que confiamos en Jesús como Salvador suyo y lo seguimos como Señor. Así nos convertimos en miembros de la familia de Dios, amando al Señor Jesús y aprendiendo a amarnos y cuidarnos mutuamente. Somos una comunidad de pacto, y prometemos ante Dios y ante los demás miembros llevar una vida santa, mantenernos leales a la Iglesia y fomentar la unidad dentro del cuerpo de Cristo. Nuestra comprensión de este pacto es expresada en la entrega a la congregación local, en la cual demostramos la integridad de nuestro discipulado; a la denominación, donde se realizan las relaciones con una confraternidad más amplia del pueblo de Dios, y al cuerpo de Cristo en el mundo entero, por medio de la cual hacemos realidad la oración de Jesús cuando pidió que todos fuéramos uno.

Las funciones esenciales de la Iglesia son la adoración, la confraternidad, el discipulado y la misión. En la adoración le entregamos de todo corazón nuestra devoción al Señor Dios. En la confraternidad, vivimos en la práctica nuestro profundo compromiso de amarnos unos a otros. En el discipulado, seguimos el llamado del Señor Jesús a obedecer y enseñar todas las cosas que fueron ordenadas por Él. En la misión, proclamamos el evangelio a todos los pueblos y les ministramos a los humanos en sus necesidades, tal como lo hizo Jesús.

Como comunidad de pacto, practicamos una responsabilidad mutua entre nuestros miembros. Aceptamos los pasos señalados por Jesús: en primer lugar, nos acercamos en privado a aquel que peca contra nosotros; después, si es necesario, regresamos con un (1) testigo o más,

y finalmente, también si es necesario, involucramos a la congregación. Cuando la iglesia se enfrenta al pecado, tratamos de reaccionar con compasión y preocupación. El objetivo de la disciplina en la iglesia consiste en restaurar al miembro de la iglesia que se ha descarriado y mantener la integridad y pureza de la confraternidad y el testimonio de la iglesia.

La vida de la Iglesia: las ordenanzas y prácticas

Las ordenanzas de la Iglesia son el bautismo y la Cena del Señor, que se deben observar en obediencia al mandato del Señor.

El bautismo de los creyentes es un testimonio público de que han recibido a Jesucristo como Salvador y Señor y que están entrando a formar parte de la comunidad de fe. Nosotros creemos que el bautismo por inmersión simboliza la sumisión del creyente a Jesucristo y la identificación con su muerte y resurrección. Esperamos de los creyentes bautizados que se comprometan con el pacto de membresía, proclamando así su lealtad a la Iglesia.

La Cena del Señor fue instituida por Jesús y es celebrada por sus seguidores en memoria de su muerte y resurrección, y como anticipación a su regreso. El pan y la copa representan el cuerpo y la sangre de Jesucristo, nuestro Señor y Salvador. La participación en el servicio de comunión simboliza nuestra unidad con los creyentes de todos los tiempos y lugares. Antes de acercarnos a la Mesa del Señor, nos debemos examinar a nosotros mismos a la luz de las Escrituras. La reconciliación con Dios y con nuestros hermanos y hermanas en Cristo es una preparación esencial a la participación.

Además de las ordenanzas, hay otras prácticas que son importantes aspectos de la vida y la adoración en la comunidad cristiana.

Nosotros consideramos la práctica de lavarnos mutuamente los pies como algo de lo cual Jesús fue modelo y lo enseñó como una manifestación de amor, humildad y servicio mutuos, señalando más allá de la práctica en sí, hacia una manera de vivir. En la vida de la Iglesia, el servicio del lavatorio de los pies es una ocasión para la reconciliación, la confirmación mutua y el testimonio sobre la gracia de Dios.

La ceremonia del matrimonio cristiano da testimonio a favor del orden y designio de Dios en cuanto a la unión de un hombre y una mujer en un compromiso de amor y fidelidad para toda la vida. Los votos son pronunciados y el matrimonio es celebrado dentro del contexto de la congregación, que es convocado para apoyar a la pareja en su vida unidos. El amor sacrificado de pacto de Cristo por la Iglesia, y la amorosa respuesta de la Iglesia son el modelo que deben seguir el esposo y la esposa.

La práctica de dedicar a los niños confirma su lugar en medio de la congregación. El servicio de dedicación proporciona una oportunidad para que los padres se comprometan con el Señor a cuidar y preparar a sus hijos. Los miembros de la congregación se unen a los padres al comprometerse a orar por esos niños y educarlos.

El evangelio incluye la sanidad para los enfermos y la liberación para los oprimidos. La Iglesia sigue las prácticas bíblicas en cuanto a orar por los enfermos, imponerles manos y ungirlos con aceite en el nombre del Señor. El servicio de sanidad divina proclama que Dios responde al quebrantamiento de la condición humana con sanidad, o con gracia para soportar el sufrimiento.

Cuando llega la muerte a la comunidad de los creyentes, el funeral proporciona una oportunidad para centrarse en el Señor resucitado. La congregación reacciona de manera compasiva hacia los dolientes. La muerte nos recuerda nuestra propia mortalidad y la esperanza de la resurrección.

La misión de la Iglesia: con relación al mundo

Jesucristo le encomienda a la Iglesia la misión de hacer discípulos de todos los pueblos de la tierra. La Iglesia ha sido llamada a hacer discípulos entre todas las naciones del mundo. La Iglesia tiene el llamado de compartir el evangelio en todas las culturas y todos los niveles de la sociedad. El evangelismo comprende el llevar a las personas a una fe salvadora en Cristo y a una membresía responsable en la Iglesia. El pueblo de Dios también ha sido llamado a ser una influencia redentora en el mundo, confrontando los pecados colectivos y tratando de vencer al mal con el bien. Los creyentes deben ser una voz defensora de la rectitud, la paz y la justicia.

La Iglesia reconoce el lugar que Dios ha dispuesto para el gobierno en la sociedad. Como cristianos, oramos por el estado y por aquellos que están en puestos de autoridad. Al mismo tiempo, creemos que la lealtad a Cristo y a la Iglesia, la cual es transnacional, tiene precedencia sobre la lealtad al estado. La participación selectiva en los asuntos del gobierno es adecuada para los creyentes, si guardan cuidadosamente su lealtad a Cristo y a los principios de su Reino, y si dicha participación realza su testimonio y servicio cristianos.

Cristo amaba a sus enemigos y nos llama a nosotros, como discípulos suyos que somos, a amar también a nuestros enemigos. Seguimos al Señor cuando somos un pueblo de paz y de reconciliación, llamado a soportar, y no a pelear. Aunque respetamos a quienes sostienen otras interpretaciones, creemos que la preparación para la guerra y la participación en ella no están de acuerdo con las enseñanzas de Cristo. De manera similar, rechazamos todos los demás actos de violencia que devalúan la vida humana. Al contrario; sostenemos que debemos buscar activamente la paz, el servicio sacrificado a los demás, y también la búsqueda de la justicia en el nombre de Cristo para los pobres y los oprimidos.

Los que siguen a Cristo son extranjeros y peregrinos en el mundo, llamados a compartir la luz de Cristo. En la renovación de nuestra mente por la gracia de Dios, nos resistimos a confirmarnos con nuestro mundo caído y quebrantado. El inconformismo nos llama a rechazar el materialismo sin límites del mundo, su sensualismo y su tendencia al egoísmo. En lugar de estas cosas, tratamos de expresar los valores del Reino de Dios por medio de un estilo de vida caracterizado por la modestia y la sencillez.

Artículo VI: La esperanza eterna y el juicio

El destino final de todas las cosas se halla en las manos de Dios. En el momento decidido por Él, la creación será renovada en Cristo. Los reinos de este mundo se convertirán en el Reino del Señor, y Él reinará por toda la eternidad.

El final de esta era y el regreso de Cristo

El regreso de Cristo en poder y gloria es un hecho seguro, y se puede producir en cualquier instante. Nosotros aceptamos la enseñanza del Señor según la cual nadie sabe cuándo Él vendrá. Entendemos que las Escrituras enseñan que el conflicto entre Dios y Satanás, entre el bien y el mal, se intensificará a medida que nos acerquemos al final de esta era. Cuando Cristo regrese, los enemigos de Dios serán derrotados y se establecerá el Reino de Dios para siempre.

La promesa del Señor según la cual viviremos eternamente en su presencia le causa un gran estímulo al pueblo de Dios. Nuestra reacción es una gozosa esperanza, vigilancia y diligencia.

La muerte, el juicio y la consumación de todas las cosas

La muerte en la comunidad cristiana es al mismo tiempo una situación de dolor y de esperanza. Los lazos humanos que se han roto nos producen angustia, pero nuestra creencia en la segunda venida de Cristo es una proclamación de la resurrección del cuerpo y de la vida perdurable.

Creemos que después de la muerte, el espíritu del creyente comparece ante el Señor. Las Escrituras prometen la resurrección corporal, tanto de los creyentes como de los incrédulos. Los que hayan muerto en Cristo, junto con los creyentes fieles que estén vivos en el momento en que Él regrese, resucitarán y recibirán un nuevo cuerpo glorificado, que estará libre de las enfermedades y de la muerte. En cambio, a los perdidos les espera una resurrección para condenación.

Dios juzgará con rectitud al final de esta era. Los que hayan confiado en Él y hayan seguido obedientes a Jesús como Señor, no serán condenados. Dios los recompensará de acuerdo a su fidelidad. En cambio, los que no sean salvos, serán castigados con una destrucción en el infierno que perdurará por siempre, eternamente alejados de la presencia de Dios, por haber rechazado la salvación que Él les había ofrecido.

El pueblo de Dios siente expectación ante la promesa divina de un nuevo cielo y una nueva tierra bajo el dominio de Cristo. La maldad será destruida y finalmente, Cristo le entregará todas las cosas al Padre.

Exhortación a la fidelidad

Escuche la Palabra del Señor: «¡Cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios!» Las últimas palabras de Jesús que tenemos por escrito, «Ciertamente vengo en breve», hacen que vivamos en medio de una gozosa expectativa. Gracias a esta esperanza, perseveramos y propagamos las

buenas nuevas de Cristo, sabiendo que cuando el Evangelio del Reino haya sido predicado a todas las naciones, entonces vendrá el fin. Amén. Ven, Señor Jesús.

Citas bíblicas

Artículo I: La revelación y las Escrituras

Juan 1:1-2, 18; 2 Timoteo 3:16; Hebreos 1:1-2; 11:6

La revelación en la naturaleza, la historia y el Hijo

Génesis 1:1-2:2; 12:1-3; Deuteronomio 7:17-8:2; Eclesiastés 3:11; Isaías 46:9; Mateo 1:23; Juan 1:3-5, 14; Romanos 1:20; Colosenses 2:9; Hebreos 11:3

Las Escrituras, la crónica de la revelación

Isaías 55:10-11; Jeremías 36:1-3; Juan 5:39; Romanos 15:4; 1 Timoteo 1:15; 2 Timoteo 3:16; Hebreos 1:1-2

Las Escrituras y la Iglesia

Juan 14:23-24; 16:13-15; Hechos 2:41-42; 2 Timoteo 2:1-2; Santiago 1:22-25

Artículo II: Dios y la creación

Génesis 1-2; Salmo 24:1-2; Hebreos 11:3

La naturaleza de Dios

Deuteronomio 6:4; 32:3-4; 33:27; Salmos 45:6; 48:14; 100:5; Daniel 6:26-27; Mateo 3:16-17; Juan 14:16-17, 26; Hechos 14:15-17; 1 Corintios 2:11-16; Efesios 2:8-10; 1 Timoteo 1:17; Santiago 1:17; Apocalipsis 16:7

La creación y la providencia

Génesis 1-3; 1 Crónicas 29:11-12; Nehemías 9:6; Job 26:7-11; Salmos 19; 102:25; Romanos 5:12-19; Hebreos 1:3; Apocalipsis 19:6

Las relaciones en la creación

Génesis 1-2; Éxodo 20:1-17; Levítico 19:18; Deuteronomio 16:20; Salmo 104:24; Proverbios 21:3; Isaías 58:13-14; Miqueas 6:8; Malaquías 2:16; Mateo 12:8; 19:1-12; 25:40; Marcos 2:27; Romanos 2:13-15; 14:5-6; 1 Corintios 6:9-10, 18-20; 13; Efesios 4:29-5:2; 5:21-6:4; Colosenses 1:16-17; 1 Juan 3:14

Artículo III: La humanidad y el pecado

Génesis 1:26-28; 2:7-9, 15-20; 9:1-6; Salmos 8:3-8; 90:1-6; 139:13-16; Eclesiastés 12:1-7; Hechos 17:26-28

El libre albedrío

Génesis 2:16-17; Deuteronomio 30:15-20; Mateo 7:13-14, Juan 1:11-12; Romanos 12:1-2; Efesios 1:3-14; 2 Pedro 3:9; Apocalipsis 22:17

La fuente del pecado

Génesis 3:1-19; Salmo 51:5; Isaías 14:12-15; Juan 8:44; Romanos 5:12; Efesios 2:1-3; 6:10-12

Los efectos del pecado

Salmo 53:1-3; Isaías 59:1-8; 64:6-7; Romanos 1:18-32; 3:9-20, 23; 5:12; 6:23

La responsabilidad personal

Génesis 1:27-30; 2:7-9, 16-17; 3:1-19; Levítico 4:27-35; Ezequiel 18; Marcos 10:13-16; Romanos 1:18-20; 3:23; 2 Corintios 5:10; Efesios 2:8-9

Artículo IV: Jesucristo y la salvación

Efesios 1:3-14; Tito 2:11-14; Hebreos 1:1-3; 1 Pedro 1:3-5

La vida y el ministerio de Jesucristo

Mateo 1:20-23; 3:13-17; 6:33; 7:28-29, 9:35-36; 12:25-28; 26:26-29; 28:18-20; Marcos 1:14-15; 14:61-62; Lucas 1:26-2:33, 52; 4:1-21; 22:44; Juan 1:1-14; 3:16; 13:1-17; 14:8-11; Gálatas 4:4-5; Filipenses 2:5-11; Colosenses 1:15-20; Hebreos 4:14-15

La muerte y resurrección de Jesucristo

Salmo 22:1-18; Isaías 52:13-53:12; Mateo 27:27-28:20; Juan 3:16-17; Hechos 1:9-11; Romanos 5:1-11; 1 Corintios 15:20-28; 2 Corintios 5:21; Efesios 1:9-10; Filipenses 2:9-11; Colosenses 1:21-22; Hebreos 1:3; 7:24-25; 9:11-28; 12:2; Apocalipsis 11:15

La llegada a la fe

Lucas 3:7-9; 5:31-32; 18:9-14; 19:8-9; Juan 16:5-15

La nueva vida en Cristo

Juan 3:1-17; Hechos 2:41-47; Romanos 5:1-11; 8:14-17; 10:9-10, 13; 2 Corintios 5:17; Gálatas 4:6-7; Efesios 2:1-10; Colosenses 1:22-23; Hebreos 3:14; 1 Pedro 1:3-5; 1 Juan 2:24-25

La vida en el Espíritu

Lucas 11:11-13; Juan 20:21-22; Hechos 1:8; Romanos 6:1-14; 8:1-17; 12:1-2; 2 Corintios 5:5; Gálatas 5:16-25; Efesios 1:13-14; 3:14-21; 1 Juan 1:9

La esperanza de vida eterna

Mateo 24:13; Juan 14:1-3; 1 Corintios 15:35-58; 2 Corintios 5:1-10; Filipenses 3:20-21; 1 Tesalonicenses 4:13-18; Apocalipsis 5:9-10; 21:1-4

Artículo V: El Espíritu Santo y la Iglesia

Génesis 1:2; Juan 3:34; 14:16-17, 15:26; Hechos 2; 10:38; Hebreos 9:14; 2 Pedro 1:21; 1 Juan 3:24

La obra del Espíritu Santo

Juan 14:26; 16:7-15; Hechos 1:8; 13:2-4; Romanos 8:26; 12:3-8; 1 Corintios 3:16; 12:1-12; 2 Corintios 6:16-7:1; Efesios 1:13-14; 4:3-12; 5:18; 1 Pedro 4:10-11; Apocalipsis 2-3

La naturaleza de la Iglesia

Mateo 5:13-16; 18:15-35; 20:26-28; 28:20; Juan 1:12-13; Hechos 2:41-47; 15; Romanos 1:16; 2 Corintios 2:5-11; Gálatas 6:1; Efesios 2:19, 22; Filipenses 2:2-16; Colosenses 1:18; 2 Timoteo 2:2; Hebreos 10:24-25; 1 Juan 3:16-19

La vida de la Iglesia: ordenanzas y prácticas

Mateo 28:16-17; 28:19-20; Marcos 10:1-12; 16:16; Lucas 2:22; Juan 13:1-17; Hechos 2:38-39; Romanos 6:3-6; 1 Corintios 10:16; 11:1-16, 23-34; 15; 1 Corintios 5:1-8; Efesios 5:21-33; 1 Timoteo 5:10; Santiago 5:13-18; 1 Pedro 3:21

La misión de la Iglesia: con respecto al mundo

Proverbios 29:7; 31:9; Daniel 6:1-3, 10; Miqueas 6:8; Mateo 5:13-14, 44; 26:52; 28:18-20; Marcos 16:15; Juan 18:36; Hechos 4:18-21; 5:29; Romanos 1:14-15; 12:2; 13:1-4; 1 Corintios 10:23, 31; 2 Corintios 5:16-20; 1 Pedro 2:9-17, 21-23; 1 Juan 2:15-17

Artículo VI: La esperanza eterna y el juicio

Salmo 110:1; Efesios 1:20-23; Colosenses 1:19-20; Apocalipsis 11:15

El final de esta era y el regreso de Cristo

Mateo 24:36-51; Hechos 1:11; 1 Tesalonicenses 4:13-18; 2 Tesalonicenses 2; 2 Pedro 3:11-18; Apocalipsis 19

La muerte, el juicio y la consumación de todas las cosas

Salmo 92:7; Juan 3:18; 5:25-29; 1 Corintios 3:10-15; 15:27-28; 2 Tesalonicenses 1:5-9; Apocalipsis 20:10, 14; 21:22-27; 22:3

Exhortación a la fidelidad

Mateo 24:14; 2 Pedro 3:11-12; Apocalipsis 22:20